

PUBLICACIONES *Cinema*

Rodolf Forster
en

50
CENTIMOS



CREPUSCULO ROJO

Crepúsculo Rojo

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

RODOLF FORSTER

DIRIGIDA POR

G. STAPENHORST



PELICULA UFA, DISTRIBUIDA POR
ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

Crepúsculo Rojo

La potente Alemania bulle en el fragor de la guerra de los años 1914-18.

Cada ciudad es, a la vez, un hospital, un yunque forjador de máquinas de guerra y una cantera inagotable de héroes. Según su especialidad proporciona a la colosal contienda, guerreros de montaña, manca expertas para el cañón, o titanes invencibles del mar, y la Patria los distribuye en el supremo sacrificio, formando los inúmeros batallones heroicos.

De entre todas las ciudades de Alemania hay una que se distingue por el mayor contingente que ha proporcionado a la marina y por el sorprendente entusiasmo con que, al hacerlo, ha sabido vibrar en el doble sentimiento del patrio sacrificio y el desprecio del dolor.

Y esta ciudad es Merskircho.

Llegamos a ella en el instante en que la estación del ferrocarril es un hormiguero humano, y el tren que llega exhala por sus ventanas el alma entusiasta de la juventud germana.

Las autoridades están presentes en el andén y por ello ni la persona más lega en materia de protocolo dejaría de suponer que este convoy que se detiene lo hace en el curso de una misión excepcional.

En el público que espera hay, sin embargo, quien en su ignara sencillez se sorprende del recibimiento que se le ha preparado a un tren que no trae, al parecer, como tantos cientos de convoyes que cruzan

dramáticamente la ciudad, más que la leva varonil que Marie se traga, entre torrentes de sangre, en los campos de batalla.

Y oímos a un gafián de frente apagada y mirada inexpresiva preguntarle a una vivaracha maritíma:

—¿Usted sabe qué ocurre, señora?

—¿Lo qué ocurre? ¿Pero usted no está enterado de quién se va?

—No... no estoy enterado de nada.

—¿Valiente patriotismo! ¿Pues que se nos va el comandante Liérs?

—¿El comandante Liérs?

—Sí... ¿No sabe quién es? Si le conocen hasta los niños!

No ha terminado de volver en sí de la sorpresa el interrogador, cuando el gendro que espera se arroja para contemplar mejor a un puñado de mozos que visten el uniforme de marina.

Son los hijos de la ciudad de Meskirche que van a guerrear al mar.

Una fronda espesa de brazos amorosos se cuelga de sus cuellos curtos por el peso y la batalla.

Son brazos de madre, de hermana, y principalmente de esposa y de novia.

Por algunos rostros restaban lágrimas de desgarrado dolor.

Dejemos estos dramas personales que espantan y fijémonos en una pareja que, con las manos enlazadas busca la protección de un discreto ángulo de la estación para besarse infinitamente y sonreírse al amor, que la guerra ha multiplicado con las alternativas y prolongadas ausencias, insensible, al parecer, al dolor de la luminosa separación.

—¡Jaul... esposa mía!

—¡Bocher, mi alma...! ¡Cuánto pensaré en ti!

—¡Estréchame fuerte, Jaul...! ¡Más fuerte, amado mío!

Por un instante Dios quiere que no haya más universo alrededor de los dos esposos que el latido de su corazón, el chasquido, casi furioso, de los ávidos besos y la sonrisa, increíble exponente supremo de invencible juventud que da su improvisado refugio de amor.

—¡La ciudad está orgullosa de vosotros, Jaul!

—¿Mucho?

—Sí; y también yo. Sois ya nuestros héroes.

Sería difícil expresar la felicidad con que entre beso y beso los amantes esposos cambian sus amorosas miradas.

Jaul, que viste el uniforme de marino, es un hombre brachón alto, robusto y saludable, vivaz y dicharachero. Es una de estas almas sarcásticas que parecen flotar siempre en una orgía de volubilidad y desafecto, pero que atesoran un corazón tierno en perpetuo trance pasional.

Bocher, su esposa, es una bella y sencilla joven de ojos azules y sonrisa encantadora, que vive para su marido, al que ama con esta sublime fidelidad propia de los corazones sencillos.

Nuestra pareja acaba de casarse y la guerra se lleva a Jaul apenas iniciada la luna de miel de su matrimonio. Se adivina infaliblemente esta circunstancia infeliz con sólo observar el éxtasis que fluye de la mirada de Bocher al posarse, acariciante, desde la vigorosa frente a la varonil barbilla de Jaul, pasando por los ojos y los labios cuya suprema conmoción, que desconoce, trata de imaginarse con insólito rubor de blanca desposada.

Mientras esta pareja se aísla en la intimidad de sus secretillos y susurra el eterno cántico de la juventud, en el andén se ha producido un movimiento de expectante silencio.

Acaba de aparecer un jefe de marina de alta estatura y grave continente. Es hombre de unos treinta y cinco años, mirada profunda, rasgos energícos y frente inteligente. Perna espesa melosa ya canosa, pero es todavía gallardo dentro de su uniforme de guerrero del mar y erguido con esta marcialidad severa y prepotente de la gente de armas.

Es hombre que en la cubierta de una fragata se torna indomable tirán y al lado de una mujer rendido y genuflexo vasallo.

Todas las miradas se han posado sobre él.

Es el comandante Liérs.

Le acompañan el alcalde de la ciudad y una anciana

na dama enlutada, de aspecto profundamente triste y dolorido.

Es la madre de Liers, a la que se conoce por el sobrenombre de la Comandante.

Se hace un solemne silencio y el alcalde toma la palabra.

— Ciudadanos de Meiskirch: Hoy tenemos la honra de despedir al comandante Liers, hijo de esta ciudad, que parte hacia la guerra en calidad de jefe del submarino «U-7», el cual espero que bien pronto podremos denominar «U-7 invencible», y a su insustituible marinería, que, asimismo, este suelo vio nacer, desde el primer maquinista al último cocinero. Liers es doblemente grande para nosotros en su valor personal y por ser hijo de una madre que ha ofrendado ya en el ara de la Patria el sacrificio de dos hijas entrañables de su corazón. El de hoy no puede, no debe ser día de júbilo por respecto a esta madre enlutada y desgarrada, pero sí ha de constituir una jornada en la que nuestro orgullo de meiskirchenses puede considerarse sublimado a los más altos grados de su expresión. Nos sentimos orgullosos de nuestros hijos combatientes y en este día de su partida les deseamos la mayor gloria, porque ella será, también la de Alemania. ¡Viva el comandante Liers!

Apenas extinguido el último clamor entusiasta de la multitud, aparecen a nuestros ojos en otro ángulo de la estación muy próximo a las molineras contiguas, otra pareja que se susurra dulcemente del corazón.

Se trata del teniente del «U-7», llamado Fips, y de Helga, una hermosa y amable muchacha, que le escucha con visible felicidad.

Esta pareja se porta con más recato en sus miradas que la que forman Jaul y Echer, no por su mayor distinción personal, sino por la falta evidente de mutua familiaridad, inequívoca prueba de que no existe entre ellos, todavía, un lazo consagrado de amor.

Fips no aparenta más de veintitrés años. Es elegante, bravo y apuesto, de lindos ojos azules y palabra apasionada. Es muchacho muy prudente y mesurado en las culas del corazón en contraposición a su fantasía ardiente y a sus desbordamientos sentimentales.

En cuanto a Helga no robeará las veinte primaveras hermosas, con grandes ojos dulces, pura luz de lirio y ensueños en el corazón.

Los dos jóvenes se encuentran después de una prolongada ausencia del galán, impuesta por la guerra.

— La encuentro muy cambiada, Helga.

— ¡Mucho!

— ¡Convertida en una fascinadora mujer!

— No era tan niña cuando usted se marchó, Fips.

— ¡Quién sabe! Si no lo era usted, lo sería yo. Por lo menos, un poco estúpido si que lo sería.

— ¡Oh! ¿Por qué?

— Porque en la sorpresa de este cambio que me maravilla hoy a entender que no me fijé mucho en sus encantos, Helga.

La joven distrae su pudica mirada, que refleja la dicha de subirse objeto de una devoción en la contemplación sin objeto de sus insensatas bromas, para escapar al asedio de los ojos insistentes del gallardo teniente.

Mientras tanto la enlutada comandante, que no ha abandonado su refugio de dolor más que para ir a recibir a su hijo, vuelve a su casa con él.

— Madre, sé que has intentado evitar que yo fuese destinado al submarino «U-7».

— Es verdad, hijo mío. No ignoro que a este submarino le está encomendada una misión peligrosa. ¡Comprendo los móviles que me han inducido a obrar de esta suerte! ¡La guerra se me ha llevado ya a dos hijos! No parece acordarte de que has tenido dos hermanos: Alberto y Erich.

— ¡No les he olvidado, madre mía!

— Me resisto a perderlos. ¡Me quedaría sola, hijo mío!

— Las cosas hay que tomarlas un poco como Dios nos las envía, madre. Es la guerra.

En este momento, coincidencia escalofriante, oímos dialogar en voz baja a Bohan y Tugian, dos marineros de la dotación del «U-7», que junto con los demás esperan en la calle, frente a la casa, el momento de la partida.

— ¡Que Dios nos ayude! — clama Bohan.

— Dios está de la parte de Alemania — confía Tugian.

—Sin duda alguna... pero los hados malélicos están en contra.

—¿Y esto?

—Hoy es día trece del calendario... ¡Mal agüero, amigo, mal agüero para nuestro submarino!

Por el contrario, no muy lejos, Jaul y Eocher, embobados todavía en su mutua contemplación, prosiguen con las manos enlazadas su sentimental diálogo, que resume vida y optimismo.

—¿Cuántos días tardarás en volver, amado mío?

—Pocos, Eocher.

—¡Oh, tiemblo por tu tardanza...

—No, amor... llegará la paz, o un largo permiso y volveré y entonces, ah, entonces, vida mía, para completar nuestra dicha, podrás ser madre!

—¡Madre!

Dejamos así a la joven pareja y volvamos a casa de la comandante.

Pips y Helga se encuentran en el salón.

Pips y Liers son amigos de infancia: juntos crecieron en Meskirche y juntos vieron crecer a Helga, que la vecindad mantuvo siempre a su lado convirtiéndola en compañerita de juego.

Liers aventaja en años a nuestro arrogante tentente, aunque no en entusiasmo y afecto por Helga, ante cuya maravillosa metamorfosis, como su amigo, ha experimentado una honda emoción y ha sentido nacer en su alma las primeras alas de un incipiente amor.

Helga, consciente de la lozanía de sus encantos y fiel al femenino instinto de pródiga coquetería ha venido alternando la luz de sus sonrisas y el encanto de las insinuantes y arreadoras vehemencias de mujereta que aspira al matrimonio, entre Pips y Liers sin aparente distinción.

Liers, más diestro que Pips, por la razón natural de su edad, en el trato con las mujeres ha tenido inocentes atrevimientos, los cuales, al exigir a Helga angelicales correspondencias, que sólo ella en su íntimo corazón puede saber si son producto de obligada y social finca, o bien de franco y sentido amor, ha llegado a forjarse con la convicción de que la joven le ama.

Pips, por su parte, tampoco se cree despreciado por



Helga no rebasará las veinte primaveras, con grandes ojos ...



... prepara la pieza y poco después se levanta un surtidor de agua ...

Helga, aunque irresoluto como le hemos descubierto, nunca se haya atrevido a arrancarle una manifiesta e indubitable demostración de amor.

En el salón la fluctuosa gravedad de la comandante es festejada inocentemente por el risueño diálogo que Pips y Helga sostienen a poca distancia.

—Si no fuese por temor a despertarle la sospecha, que sería injusta, se lo juro, de que soy un cobarde, me atrevería a confesarle que me voy de muy mala gana a la mar.

—¿Y esto?

—Al tener que dejarla...

—¡Le hallo muy tierno, Pips!

—Y yo a usted muy hermosa, Helga. ¡Es doloroso marcharse sin tener la seguridad de que le queda a uno aquí un alma femenina que rezará por él!

En este momento un soldado entra en la estancia.

—Mi comandante, el tren va a partir.

—Bien. Vámonos al instante — contesta Liers con voz serena.

Cuando el soldado desaparece se hace en la cámara un instante de angustioso silencio.

—Bien — lo rompe al fin Liers. — Vámonos ya, Helga. ¿Le ha dicho todo cuanto debía a Pips?

—Todavía no está cansado deirme.

—Tampoco yo me canso, Helga. ¿Ea empalagosa este Pips? — pregunta el comandante bromeando.

—No... pero es muy mal entendedor.

—Todos arrastramos un poco de estupidez — burla Liers.

—He de hacer un gran esfuerzo para convencerme de que verdaderamente exista un hombre que no sea capaz de comprender cuándo una mujer le ama o le es indiferente. ¡Hay cada tonto aquí, que me sorprende! — expresa Helga con una enigmática sonrisa y esa estrepitosa audacia con que la mujer se conduce en el amor.

Pips sonríe feliz, creyendo que la declaración le alude a él. Por su parte, Liers le mira con la vanidosa suficiencia de quien tiene pleno conocimiento de su superioridad, y respira con pecho de amoroso gladiador triunfante.

Pero me ha advertido cómo los ojos de Helga, al posarse sobre Fips, destilan un fúido celestial.

¿A quién ama Helga?

Cuando el comandante Liers y el teniente Fips llegan a la estación, ya todos los marineros del submarino están formados y prontos a partir.

—¡Pieros lobos del mar! — les atrenga Liers. — Ha llegado el momento de la partida, que no debe emocionarnos por un sentimiento de debilidad sino por las promesas de gloria que ella significa. Hay un submarino que en breve se hará a la mar con una misión suprema que lo ha encomendado la Patria. Toda Alemania tiene los ojos puestos en él. Este submarino es el «U-7», y su tripulación sois vosotros. Sólo os quiero decir una cosa rotunda y hondamente sentida: el desprecio que mi Patria reserva a la cobardía me espanta, es el único miedo que no me avergüenza de sentir: si no estáis seguros de portaros como titanes, todavía es tiempo; yo ruego al más fiero de vosotros, que arrogándose el sentir y la representación de sus compañeros salga para pegarme un tiro; me ahorraría el trabajo de suicidarme después.

Un silencio profundo acoge estas solemnes y bravas palabras.

En las quijadas curtidas de este puñado de muchachos dispuestos a morir no se distingue un estremecimiento, ni una duda.

Alguno dobla los labios en un rictus de prepotente vigor iniciando una sonrisa de sonrisa bravamente irónica que quiere decir:

«Soy como Titanes».

Momentos después el tren abandona los andenes, llevándose a la tripulación del «U-7».

La despedida es entusiasta, pero flota en el aire un hábito de dolorosa incertidumbre que humedece los ojos de la multitud.

¿Volverán?

Cuando el soplar de la locomotora se extingue a lo lejos, surge de las almas maternas, llenando el aire estremecido, el rumor de un llanto unánime desgarrador.

La comandante se ha reclinado en su hogar acompa-

ñada de Helga y Kocher, con las que está unida por entrañable amistad.

—¡Sólo Dios sabe si volverán! — dice con incontente amargura la enlutada madre de Liers.

—¡Volverán! — clama Helga en el optimismo invencible de la juventud.

—Así lo desea mi corazón — replica la comandante.

—Vosotros no tenéis motivo para tan honda tristeza como yo.

—¿Por qué? — inquiere Kocher.

—Porque si vuestros amados muriesen sólo perderíais la mitad de vuestra vida. Yo, en cambio, la perdería toda: ¡es el último hijo que me queda, la última sombra amadísima que en mi existencia de viuda me recuerda con emoción los rasgos del hombre que cuando mis encantos no tenían nada que envidiar a los vuestros, me unió con loca pasión, elevándome un altar de gracia y de idolatría!

...

En medio de la imponente soledad de los mares del Norte flota un casco acerado, que avanza a toda máquina y desafiando el oleaje.

El agua brava lo embiste incansable y lo zarandea a su sabor, sin lograr, no obstante, evitar que a cada ataque resurja más orgulloso que antes, ni que el agudo tajamar cohiba sus inflexibles arrostos.

Este bloque de acero es el submarino alemán «U-7».

La cubierta está desierta. Navega por mares de guerra y toda la tripulación se encuentra en sus puestos, pronta a la bélica maniobra.

Sin embargo, en el rostro de todos los muchachos se advierten las huellas de una indolente decepción aliada con el cretiente tedio que engendra la ociosidad. Es que contra lo que esperaban, hace ya muchos días que navegan por el mar de la guerra sin haber probado aún el acre sabor de la pólvora.

En la escotilla central aparecen las cabezas del comandante Liers y del teniente Fips.

Del cuello del primero cuelgan los potentes prismáticos, y a su lado descansa el tornavoz.

—Este dura mucho, Liers — exclama Pips. —No parece guerra.

—Y, sin embargo, es guerra, Pips — replica el comandante al tiempo que escurrida la quimérica línea en que el cielo y el mar se dan el perpetuo beso.

—¿Cuántos días hace que andamos solitos por este mar?

—Nueve, Pips.

—Son muchos días.

—Podemos vanagloriarnos de ser nosotros quienes buscamos al enemigo. Nueve días que vamos a la casa de un barco. ¡Ah, y lograremos dar con él! Es una buena presa. No puede hallarse lejos: me lo dice el corazón.

Pips desaparece por el angosto tubo hacia el interior del submarino.

Le seguimos, y nos encontramos entre pared y pared, casi prensados por voltímetros, palancas y cuadros de mecanismos. El espacio en que le es dado a uno moverse es tan reducido, que produce una sensación angustiosa de asfixia.

Se advierte al punto que nos encontramos en las entrañas de una máquina diabólica creada no para la vida, sino para la muerte.

Bruscamente suena una voz bronca que parece salida de una profundidad, o llegada de ignotas lejanías. Es la del comandante Liers, quien ordena desde la escotilla, con el tornavoz:

—¡Poned las dos máquinas! (Jaul, a tu telégrafo! Jurist, al periscopio!)

Por un instante, en las cámaras se oye una zarabanda disciplinada y precisa.

La orden ha sido ejecutada.

Durante el intervalo de silencio que sucede nos acercamos a dos muchachos, que en un ángulo de la cámara de máquinas discuten en voz baja y con buen humor. Son Roben y Tugien.

—Yo creo que el comandante tiene un olfato muy distinto al de los demás mortales.

—¿Por qué?

—Porque siempre encuentra todo cuanto busca. Hace tiempo que estoy a sus órdenes y casi siempre le he

visto dar con la presa con la misma infalibilidad que el lebrei alcanza la hábil y escurridiza pieza de caza.

Sin embargo, como la crítica es tan varia como cada uno de los hombres que en determinada circunstancia y lugar la egrimen, en otro ángulo de la misma cámara dos marinos studen al talento del comandante en términos irónicos, que sin estar reñidos con el debido respeto y la estima, que nadie le regatea, no están exentos de mordacidad.

Son Petermann y Jurist.

Petermann, como Jaul, es un humorista nativo incorregible, dispuesto a tomarle el pelo a su propia sombra, a falta de tema ajeno, e incapaz de creer ni por un segundo que en determinado momento la vida pueda convertirse en una cosa seria.

—Oye, Jurist: ¿tú sabes lo que busca Liers? Estoy pensando en que toda esta pompa de guerra es un camelo para disfrazar el verdadero motivo por el que ha venido a estos mares, que es el de echar rabos de mono a las locas para curarse los celos.

—No, Petermann. Ha venido a cazar un acorazado que lleva personajes de calidad.

—¿Estás seguro?

—Me consta.

—¡Ah!

La voz seca de Liers corta este divertido diálogo.

—¡Miren la situación del submarino!

Otro trajín. Movimiento de sextantes, cartas marinas, mapas y compases.

—Grados, 70 30 minutos. Altura... — contesta una voz que llega, clara, a oídos del comandante.

—No puede encontrarse muy lejos — murmura con fruición y para sí Liers, apretando entre sus manos los prismáticos con mecánica e incontenible nerviosidad.

Apenas levanta la vista exhala una jubilosa exclamación:

—¡Ahí viene! ¡Acorazado a la vista! ¡A sumergirse! Liers cierra rápidamente la escotilla, bajando a la cámara de gobierno.

—¡Es nuestro! — exclama con entusiasmo, al tiempo que se pega al periscopio.

En el interior del mástil lento, ante los ojos ávidos

de Liers aparece, pequeño por las exigencias de la óptica disminuida, la silbata humante de un formidable acorazado inglés.

Las funciones del comandante se iluminan; se agacha y se incorpora, pegado al periscopio, que maneja con habilidad, para salvar las ondulaciones del oleaje que le obturan alternativamente el campo visual.

En el interior del submarino no se oye una sola voz, sólo rompe el vigilante silencio el era, ras metálico, preciso e intermitente del periscopio, al que la mano impaciente de Liers no deja un momento de reposo.

El «U-7» navega ya entre dos aguas, siendo invisible para el acorazado, el cual avanza majestuoso y confiado.

— ¡Este es el que busco! — exclama Liers.

Se le distingue bien, potente, orgulloso como una invencible fortaleza flotante.

De pronto a ambos costados del acorazado, y precediéndole, aparecen dos buques más. Son los destroyers que lo escoltan.

— ¡No va solo! Claro, habría sido infantil suponer que una nave tan estupenda, que conduce grandes personajes, había sido confiada a la exclusiva potencia de sus propios cañones. Pero, es lo mismo. ¡En marcha las máquinas de vapor y estribor!

Sigue un instante de silencio.

— ¡Atención: vamos a pasar por debajo de un destructor... se acerca...! ¡Fips! conducenos a más profundidad!

— ¡Estamos a nueve metros, comandante! — contesta nuestro joven teniente, de pie ante las válvulas.

— ¡Es poco... más abajo... más...!

— ¡Hemos llegado a veinte metros! — anuncia Fips, fijos los ojos en las escalas sobre las que oscilan, trémulas, las agujas indicadoras de la inmersión.

— ¡Le hemos pasado...! ¡Está lucido el acorazado! Buena es su técnica de adelantar las unidades que lo escoltan para destrozar el paso, pero esta vez esto le ha alejado de sus compañeros y nos permitirá a nosotros obrar con entera libertad.

Liers observa todavía, en silencio, al acorazado, que presenta ante el periscopio, expedito y tentador, su ancho costado

— ¡Preparad los tubos primero y segundo! — manda.

— ¡Fips, a treinta metros!

— ¡Treinta metros, comandante! — afirma Fips, después de haber consultado los aparatos indicadores.

— ¡Pase! — manda Liers.

Buena un chasquido, y automáticamente en la superficie de las aguas se ve flotar, punta al acorazado, un ondulante torpedo.

Momentos después una detonación ensordecedora domina el rugido de las olas, y en el costado del acorazado surge un surtidor colosal.

La nave ha sido tocada con maravillosa precisión. Pronto se la ve volcarse sobre su costado de babor, en el que le ha quedado abierta una raja mortal, y hundirse en pocos momentos.

— ¡Hemos dado en el blanco! ¡Se hunde! — exclama Liers en medio de un entusiasmo indescriptible.

— ¡El primer tanto ha sido soberbio! — comenta Petermann.

Fips se precipita al periscopio: quiere gozar del espectáculo de la primera victoria.

— ¡Habiendo logrado traer la guerra a estos mares del Norte, Rusia ha quedado aislada y la hemos condenado y reducido a sus propios medios! — declara Liers con orgullo.

— ¡Maravilloso!

— ¡Llegas a medir, Fips, ahora, el alcance de nuestra misión?

— ¡Sí, Liers: no en vano nos tributaron en Meiskirche una despedida excepcional!

— ¡Nos jugamos estupendamente la vida en una partida muy dudosa. ¿Lo has reflexionado, Fips?

— ¡Sí, lo sé...

No lo sabes todavía; sólo puedes suponerlo — le interrumpe Liers. — No obstante, te queda poco tiempo que vivir en la simple suposición. Verás cómo pronto, muy pronto, empezarán las verdaderas emociones.

No bien ha terminado Liers de pronunciar sus enigmáticas palabras, cuando llega hasta el interior del submarino un estampido sordo, lejano. Luego otro, y otro ya, sin interrupción.

— ¡Ha comenzado la caza! — anuncia Liers. — ¡Nos

atrascarán de bombas! ¡Baja cuanto sea posible, Fips!

Las explosiones se suceden. Replegado el periscopio, sin más contacto con el mundo exterior que las ondas de su espíritu, y no pudiendo hacer otra cosa que esperar en torpida inactividad el desarrollo fatal de los acontecimientos, vemos a todos los marineros del «U-7» de pie en sus puestos, profundamente pálidos, sin temblar, pero velada la mirada con el escalofriante reflejo de la muerte.

Se miran mutuamente en una muda interrogación avergonzada, buscándose secretamente el lado vulnerable de su serenidad.

Salimos al exterior y nos hallamos ante un espectáculo impresionante.

El acorazado agoniza en una vorágine dantesca, y los dos destroyers que lo escolaban recorren el mar, en una vasta área matemáticamente calculada, a la velocidad máxima de sus máquinas, sembrándolo de bombas submarinas.

Estas bajan a distintas profundidades y estallan con un poder extraordinariamente destructor, produciendo un ruido infernal.

Y es el estampido de estos diabólicos artefactos el que retumba en el interior del submarino como el rugir de una tempestad lejana.

—Nos obsequiarán con toda su carga! — comenta indignamente el comandante Liers.

—Mucho insisten! — añade Fips, nervioso. — Se resisten a dejarnos!

De repente suena una detonación espantosamente cercana. El submarino se estremece, cruje y empiezan a descender rápidamente hacia el fondo del mar.

—Nos han herido el submarino! — ruge Liers.

—¿En dónde han dado? — inquiere Fips, nervioso.

—Comandante! — suena una voz emocionada desde el extremo de la cámara. — Nos han destrozado el regulador de babor!

—¡Maldición! — grita Liers. — ¡Pronto, tratad de mantener la embarcación a la profundidad en que nos encontramos!

Durante unos minutos en el «U-7» no se oye más que el insistente ruido de las palancas y volantes de

gobierno y el trueno incansable de las granadas que los destroyers van sembrando en el mar.

De repente suena una voz angustiada:

—Comandante, los aparatos no obedecen!

—Accionad los tanques de seguridad! — manda Liers.

—Tampoco se mueven, señor comandante! — insiste la voz, ya bronca de angustia.

—Fips! — grita Liers. — ¿Cómo están las esferas?

Los ojos del teniente Fips, nerviosos, no se levantan de los relojes, en los que las agujas inquietas señalan cifras de terror.

—¡Bajamos, comandante... bajamos sin cesar! — declara.

—¿A cuánto?

—Estamos a cuarenta metros! — cuenta Fips, en medio de la mayor sensación.

—A cincuenta... a sesenta...! — prosigue.

Y ya la voz del teniente no para de contar cifras estremecedoras.

—A setenta metros!

—El volante! — insiste Liers.

—Es inútil, señor comandante! — replica Fips. —

¡Bajamos... a cien metros... a doscientos...!

Un sudor glacial baña el rostro de los héroes.

El sordo estampido de las bombas submarinas no se oye ya, a pesar de que los dos destroyers, impertérritos, prosiguen su sangrada cacería.

De pronto la voz de Fips suena como un mazazo:

—¡A mil doscientos metros de profundidad!

A esta seca frase, que equívale a una sentencia de muerte, contesta solamente con un macabro comentario y en voz lígubre el fatalista Behen, que es quien controla los tanques.

—Tenía la convicción de que mi tumba había de ser el fondo del mar!

—¡Calla, idiota! — ruge Fips. — ¡Esto debe convenirte precisamente de que no moriremos aquí! Que las profundidades submarinas sean las elegidas para el eterno descanso de tus huesos, conformes si así lo entiendes, pero como en estos momentos tu sepelio aquí sería acompañado del nuestro, y nosotros no somos candidatos a tan exótica distinción, no ocurrirá lo que piensas.

—Mi teniente, prepárese a bien morir.
—¡Calla! — repite Pips, contagiado inevitablemente del pesimismo del marinero.

Mientras en el fondo del mar tiene lugar este drama espantable, en la superficie el destructor almirante enemigo, considerando que puede darse la caza por terminada, da la señal de partida.

Y momentos después, las dos embarcaciones abandonan el lugar del naufragio a toda máquina, perdiéndose en las brumas del mar.

Como si el hado benéfico velase por una coincidencia feliz, apenas los dos buques enemigos han desaparecido en las cámaras del submarino «U-7» suena un grito de indescriptible júbilo.

—¡Los tanques funcionan! ¡Subinos, volvemos a flote!

Media hora después nuestro submarino está reparado, la angustia se ha trocado en buen humor y la tripulación se deshace en animados comentarios, que el jugoso Petermann puntilla con su gracejo singular.

Liers y Pips, en su cámara de gobierno, han vuelto a su vez, a su optimismo.

El comandante escribe en el diario de a bordo las incidencias del día.

—¡Buena caza! — exclama con orgullo.

—Magnífica! — corea Pips, entusiasmado. — Pero hemos tenido el pellejo en remojo.

—Un marino lo tiene siempre en remojo, Pips! — bromea Liers con una carcajada.

Y añade, entornando voluptuosamente los ojos:

—¡Poco ha debido pensar, Helga, que he estado a dos pasos de la muerte!

—¡Y yo! — añade el teniente como en un susurro saturado de ensueño.

—Sin embargo — replica, orgullosa, Liers. — Si hubiésemos dejado los huesos en el fondo de este mar, las lágrimas de Helga se habrían derramado por mi recuerdo. Cuando Helga nos habló del stonto que no sabe comprender cuando una mujer le ama se refería a mí.

—¿A ti? — pregunta Pips, con el corazón en suspenso.

—¡Naturalmente, Pips! — reintera feliz y seguro el

comandante, al tiempo que golpea con vanidosa amistad las espaldas atónitas del joven teniente. — ¡Helga me ama!

Con el alma desgarrada, Pips no tiene fuerzas ni valor para oponer una sola duda. Tan firmes y seguras han sido las palabras de su amigo.

Pips está enamorado de Helga y borra de rabia y dolor ante la cruel decepción que acaba de sufrir.

Supone que cuando Liers ha hablado en tales términos, sus sólidos motivos tendrá, y viéndose postergado baja pesadamente la cabeza con dolor, horrorizándose de la soledad en que en adelante tendrá que vivir su alma.

Con la mayor ilusión de su vida creyó que las prometedoras palabras que Helga pronunció el día de la despedida y que auguraban una dulce correspondencia a sus sentimientos, iban dirigidas a él.

A su hondo pesar inconsolable opina Liers la desbordante felicidad de galán que se sabe correspondido por la mujer que adora, no teniendo para su amigo la piadosa elegancia de ser discreto, para evitarle la doble aflicción.

¡Indomable crueldad del amor, y letal veneno de la vanidad altanera y triunfante!

—¡A sumergirse! — manda con voz bebida de orgullo. — Caminamos por mares peligrosos. ¡A nueve metros!

Liers se coloca en el amado puesto de lucha, que es el periscopio, y otea el inmenso mar.

—¡Ea! — exclama al poco rato. — No se ve un rabo en estas aguas. Vamos a tomar el aire. ¡A flote!

A poco la proa del «U-7» emerge, poderosa, balanceándose impávida en la cresta ondulante de las olas boreales.

La primera resonante victoria del «U-7» en los mares del Norte ha llegado hasta los centros oficiales de Melskirche.

No ha trascendido todavía a la población, pues el alcaide quiere que la persona primeramente honrada por

la fella noticia sea la comandante, a la que se le quiere dar por sorpresa y en circunstancias solemnes.

Helga y Eoher, que desde el día de la partida de los marineros no han dejado de prestar su compañía y sus afectos a la comandante, se encuentran en casa de ésta.

Es de noche y el profundo silencio exterior hace más grata y también más estremecida la compañía de las dos jóvenes.

En este momento por una calleja tortuosa avanza un coche apresurado. Es el del alcalde.

Algunos grupos de noctámbulos, que se resisten a retirarse a descansar sin antes apurar el último sorbo de las noticias más frescas de la guerra, reconocen el coche y al ver que toma la dirección de la casa de la comandante se deshacen en los más fantásticos comentarios.

Volvamos al interior de la casa.

—¡Cuánto se sufre en ausencia del ser amado! — se lamenta Helga, buscando la consolación de su amiga.

—¡Mucho, Helga! — aprueba la esposa de Jaul. — ¿Tú también sufres?

—Sí, como tú, yo también tengo un hombre amado en el submarino.

—¿De veras, Helga?

—¡Sí, Eoher, te amo! — confiesa la joven, bajando la vista con rubor.

—Se es muy feliz amando, pero se sufre también mucho.

—Nunca lo hubiera podido sospechar... Dime, Eoher, ¿se sabe algo del submarino? ¡Temo por ellos, Eoher!

—No, Helga. Dios no permitirá una desgracia. No puede permitirlo para ti ni para mí. Yo, como tú, soy todavía una novia... ¡Jaul volverá, volverán todos!

En este momento el coche del alcalde acaba de detenerse delante de la puerta de casa de la comandante apeándose de él dos militares de edad avanzada.

—Es necesario proceder con tiento — aconseja uno de ellos. — La comandante es anciana y su salud muy delicada; no hay que olvidar que una noticia feliz puede producir los mismos efectos que una desgraciada.

—Antes prevendremos a ese par de ángeles que la custodian.

Cruzado este breve diálogo, uno de los dos militares entra en la casa de la comandante sorprendiendo a Helga y a Eoher en sus amorosas confesiones.

—El de hoy es un día de felicidad para todos — anuncia en voz baja.

—¡Hable, hable, por favor! — apremian, ansiosas, las dos jóvenes.

—Calma... les reservo una sorpresa estupenda.

—¿Hay noticias? — inquietan nuestras enamoradas muchachas.

—¡Sí, hay noticias, y muy buenas! Todo marcha bien: son nuestro mayor orgullo. Navegan sin novedad y habiendo tenido una resonante victoria.

—¿Es esta verdad?

—Tanto, que he venido para preparar la forma en que tal noticia debe ser comunicada a la comandante, sin que su salud delicada por la ancianidad sufra ningún peligroso trastorno.

Dejemos a nuestras jóvenes y al bravo militar ocupados en la resolución de estas pequeñas grandes tribulaciones de la retaguardia y volvamos a bordo del «U-7».

La calma es octaviana en el ancho mar, preñado, no obstante, de los más terribles imprevistos.

No hay a la vista en toda el área de las aguas encomendadas a la vigilancia de nuestro submarino una sola embarcación.

La tripulación puede entregarse a su solaz.

Es la hora del rancho y los muchachos, después de comer con buen apetito y buen humor, se entregan al jolgorio de unas cabátas pimentadas con la alegre cuerda de los latidos.

Calmada la digestión, siempre un poco tempestuosa, de ese puñado de mocetones cuya fuerza desborda por toda su piel, el comandante manda sumergirse.

Es esta una precaución que ejerce con metódicas alternativas, que más de una vez en el curso de su carrera de lobo de mar le ha valido la salvación del buque comandado y la de la propia vida.

Durante el tiempo que duran estas preventivas in-

versiones, los encargados de atisbar detrás del lente del periscopio son nuestro par de soberbios y dispares mocetones Bohén y Petermann. Como es natural, tratándose de temperamento tan humorista como el que distingue al segundo de los referidos muchachos, alterna la delicada vigilancia del mar con algún jugoso chascarrillo, cuyo eco, extendiéndose hasta el extremo opuesto de la cámara, arranca sonoras carcajadas a los demás mozos de la dotación.

Después de haber volcado toda su gracia en una de esas cuchufletas picarescas, Petermann se pega al periscopio.

Instantáneamente exhala una exclamación:

— ¡Buque a la vista! Es un velero; parece muerta Es un andrajo; no vale la pena. Va.

Bohén se acerca al periscopio y mira.

— ¡Es la cáscara de un inofensivo caracol!

— ¡Crees que vale la pena de avisar al comandante?

— Diría que sí: quizá con ello logremos un poco de movimiento, que por cierto buena falta nos hace; tengo las piernas más arrugadas que una tortuga de mar.

— ¡Señor comandante! — suena sin más preámbulos la voz de Petermann. — ¡Buque a la vista!

Liers se dirige rápidamente al periscopio y otea el mar.

— ¡Es un velero! — murmura como hablando consigo mismo en una lenta reflexión. — Parece una novada. Debe ser mercante. No enarbola bandera. Es un poco raro.

Durante breves minutos, Liers escudriña, intrigado.

— No parece sospechoso — sigue murmurando en medio de un disciplinado silencio que comienza a estremecerse con el olor de la pólvora. — Sin embargo, oído todos: ¡Atención! ¡Preparen los tubos tornero y cuarte!

— ¡Listos, comandante! — contestan Bohén y Tagian desde la embocadura de los mortales tubos, al tiempo que acarician los agudos torpedos con los últimos toques de sebo que habrán de hacerlos más deslizables.

— Es un barco mercante — sigue en su monólogo, Liers. — No lleva pabellón, no parece agresivo.

Y añade espaciadamente:

— ¡Atención, atención!

Mientras Liers está luchando entre la duda de atribuir benignidad o peligro a aquel frágil velero y se siente casi inclinado benévola a concederle la gracia del respeto, a bordo de aquél ocurren cosas que le estremecerían.

Trasládemonos al velero.

La soledad más completa reina en él y sólo rompe el silencio imponente un crujido intermitente que procede del cordaje tensado por la presión de las olas.

Toda su cubierta produce la sensación de cosa abandonada, y si no fuese por el velamen abierto, se diría sin vacilación que navega vacío, sin hombres y a la deriva.

Sin embargo, contra esta engañosa ilusión, siguiendo la arista que forma el gran cuadrilátero de la embocadura de la bodega, vemos sobresalir los ojos escudriñadores de un catalejo, que, cara a la mar, atisba con marcada insistencia hacia donde emerge el periscopio del submarino.

No va, pues, solo el velero.

Detrás de los catalejos, escondido en el hueco de la bodega, vemos a un sujeto, vestido con elegancia impropia del lugar, que sonríe con fruición.

Tampoco está sola esta exótica elegancia, pues después de unos momentos de atenta observación, volviéndose hacia la dirección de unas barricas cercanas, dice, en una lengua que no es la alemana:

— ¡A unas dos millas veo flotar el periscopio de un submarino! Preparase para el combate. Radíad inmediatamente la situación a nuestros barcos de guerra, diciéndoles que tomen rumbo aquí sin pérdida de tiempo.

Mientras este hombre pronuncia las referidas palabras, Liers, ignorante de ellas y absolutamente imposibilitado, debido a la distancia, de distinguir los delatadores ojos del catalejo del velero, decide salir a la superficie y pararlo.

— ¡A flote! — manda.

Instantes después el «U-7» saca a relucir su gallardo casco a la superficie.

Apenas asoma su parte lomo en la cresta de las olas, en los hombres invisibles del velero se hace un movimiento de emocionada alegría, casi feroz.

—¡Ha caído en la trampa! — exclama el hombre elegante del sombrero hongo.

Liers salta tranquilamente a la cubierta del submarino, mandando a sus hombres que hagan lo propio.

—¡Vivo, Jurist! — ordena. — ¡Dispara el cañón a sesenta grados por delante de la proa de ese pesado cascarón! ¡A ver si despierta!

Jurist, experto artillero, prepara la pieza y poco después, a sesenta grados matemáticos delante del bauprés del velero, se levanta un surtidor de agua.

—¡Bien! — exclama Liers, satisfecho. — ¡Crea que se habrá dado por encorado. ¡Prepara otro envío!

Más, en este momento, los hombres del velero, salen de su escondite y quitando la cubierta a un cañón que hay disimulado entre los múltiples trabajos que llenan la cubierta, rompen fuego cerrado contra el «U-7». Al mismo tiempo surge la boca mortal de una ametralladora escondida, que rasga el aire con su nervioso tac-tac.

—¡Estupenda trampa! — ruga Liers apenas advierte lo que ocurre. — ¡Es una coñada! ¡Fuego, fuego, muchachos!

Y entre el submarino y el velero da comienzo un empujado combate.

Los proyectiles del segundo rondan al «U-7» muy de cerca, pero sin llegar, no tan sólo a herirle, sino ni a rozarle con los surtidores que levantan del mar.

Por el contrario, pronto Jurist logra tomar tan matemáticamente la puntería al velero, que éste comienza a recibir el mortal castigo de la metralla.

Vemos su arboladura arder y caer desmenuzada a cada disparo.

Tiene la batalla perdida, pero se defiende y ataca como un fiero león.

—¡Fuego! ¡apunta al centro! — brama el sujeto del hongo.

Algunos hombres yacen en el suelo sin vida, entre charcos de sangre.

Por su parte, tampoco Liers deja de enardecer a sus hombres, aunque no sea necesario, pues como fuese que el velero, apenas iniciado el ataque, ha usado bandera inglesa, Jurist, que es el mago del cañón, tramola



La nave ha sido tocada con maravillosa precisión ...



Un sudor glacial, baña el rostro de los héroes...

toda su indignación y toda su ciencia cada vez que apunta al enemigo.

Y esta vez lo hace con tanta precisión que el proyectil da en mitad del casco del velero.

—¡Le he dado en el vientre! — prorrumpo nuestro hábil artillero.

—¡Cree que lo hemos despachado! — correa Liers con orgullo. —¡Pero no paréis el fuego!

La ametralladora del velero brama todavía y de pronto Petermann exhala un ¡ay! doloroso, desplomándose.

—¡Está muerto, comandante! — ruga Jurist. —¡Más fuego!

—¡No, alto el fuego! — manda Liers.

El velero aparece tumbado sobre su costado de babor y envuelto completamente en llamas; cañonearle sería ya cobrarse en un cadáver.

En efecto, tiene la batería descuartada e inutilizada para el tiro. La ametralladora, a su vez, ha enmudecido repentinamente.

El hombre del bongo está herido y manda sparejar una lancha. Mas cuando se dispone a abandonar el velero con ellas, en compañía de los pocos hombres que le quedan, cae muerto.

Sus compañeros logran saltar a la lancha por la parte de estribor, es decir, por la opuesta a la que es visible desde el submarino.

Apenas Liers distingue la lancha, toma el tornavoz y les habla:

—¡Deteneos! ¡No temáis! ¡Mando una lancha!

Y añade para sus hombres:

—¡Aparejad una lancha y salvadlos!

Los marinos se disponen a obedecer la orden. Poco saben lo que les espera.

A pocas millas del lugar del combate avanza a toda máquina un acorazado acompañado de varios destructores. Son enemigos y acuden a la llamada que les ha hecho el velero denunciándoles la presencia del «U-7» en el mar.

Liers aún habiendo comprendido perfectamente el nuevo ardor de guerra de que acaba de ser víctima, no ha llegado a prever las consecuencias, y muy ajeno a

la tempestad que se le viene encima, se hace traer tranquilamente el diario de a bordo para escribir en él: «Trampa enemiga para cazar submarinos. Velero disfrazado de mercante inofensivo espera a ser parado para atacar luego con fuego de cañón».

No bien ha tenido tiempo de escribir esas palabras, cuando la voz de Pips suena con desesperación:

— ¡Llévese barco de guerra a la vista!

Cuando el comandante asoma la cabeza por la escotilla, ve la temible mole gris de varias unidades de guerra, cuyo número ya no le importa saber.

— ¡Es la segunda sorpresa! — se duele con rabia por su improvisación. — ¡Es posible que yo no haya llegado a suponer que desde el velero era posible hacer una llamada por radio a esos barcos. ¡Así es como esos perros agradecen nuestra generosidad en socorrerles! ¡A sumergirse!

Los marinos, que ya habían abierto los compartimientos que guardan las amuchas, vuelven a cerrarlos precipitadamente, lanzándose por el tubo y bajando velozmente la hermética tapa.

El «U-7», pese a la indómita bravura de sus hombres, no puede atreverse a plantar cara franca y leal a las potentes unidades que llegan, sin exponerse a una muerte segura.

— Pips, a cuarenta metros! — manda Liers con el ceño fruncido.

— ¡Comandante, no bajamos; las máquinas no obedecen — ruge el teniente con angustia.!

— ¡Estamos a nueve metros! — corea Jaul. — ¡No bajamos más!

— ¡Maldita avería! ¡No comprobasteis la eficacia de la reparación? ¿Qué habéis hecho de la disciplina y el deber? — pregunta Liers. — ¡Nos va en ello la vida, y más que esto, el honor!

De repente suena una detonación espantosa.

El «U-7» se estremeció.

— ¡Comandante... señor comandante... no bajamos... Todas las voces se extinguían.

Las cámaras del submarino han quedado en la más completa oscuridad.

Todo es confusión, desorientación.

Un ruido escalofriante del agua invadiendo las máquinas... y después, nada, silencio mortal.

El «U-7» ha sido tocado por los cañones enemigos.

...

En Meiskircho se esperan más noticias del «U-7», que tripulan sus gloriosos hijos.

Hace muchos días que no se sabe nada de ellos y comienza a cundir un poco de inquietud.

La comandante se encuentra, como de costumbre, recluida en sus habitaciones con la compañía de su hundo dolor, y también de la de Echer, que no la abandona nunca.

— ¿Por qué está tan triste? — pregunta ingenuamente Echer.

— ¡Hija mía, no deberías hacerte esta pregunta. ¿Cómo puedes suponer que haya la posibilidad de que en mi situación me sea dado el don de sonreír?

No hay que entristecerse. ¡Volverán, sí, volverán sanos y salvos!

— Pareces muy segura de ello, hija mía.

— ¡Sí, segurísima, Jaul volverá!

Tal es el esplendoroso y mágico espejismo con que la juventud llena el cielo de su vida.

Poco puede suponer la esperanzada Echer, que en el instante en que expresa su más sentida convicción de volver a abrazar a su esposo, el «U-7» se halla herido de muerte en las heladas profundidades de los mares del septentrión.

Dejemos a las dos mujeres y volvamos al submarino.

En el momento en que bajamos a sus cámaras, todo sus miembros todavía.

Chapuceamos en el agua; el interior está invadido por ella.

Se oyen respiraciones jadeantes, y no una sola voz ni un ¡ay!

El aire es pesado, enrarecido. Alguna máquina de oxigenación empieza a fallar.

De pronto los interiores se iluminan.

— ¡Luz! — exclaman a coro multitud de voces como una liberación.

— ¡Al fin!

Y ante nuestros ojos aparece un cuadro desolador. Liers, Pips y todos los marineros se hallan adosados a las máquinas, con las manos crispadas asidas a cualquier volante, a la primera manivela que en la confusión del naufragio el azar les ofreció. El agua les llega hasta las rodillas.

Nadie osa moverse; el terror les tiene inmovilizados. Se diría que temen precipitar con la leve conmoción de sus respiraciones el definitivo hundimiento de la nave.

—¿A cuánto estamos? — pregunta, al fin, Liers, rompiendo el angustioso silencio.

—¡A sesenta metros de profundidad! — contesta Pips.

—¡Hemos sido heridos! ¡Maldito velero! Menos mal que no estamos completamente al fondo.

Liers pasea sus ojos, un instante, por la cámara, observando la inclinación del submarino.

—Tengo la convicción de que la parte anterior del buque está inundada; en último caso nos queda la esperanza de que la parte posterior esté sana. Voy a salir de dudas.

En medio de la mayor expectación, el comandante Liers se acerca a la válvula que comunica con los departamentos posteriores de la embarcación.

Empuja el pasamano y tira.

Instantáneamente por la breve entreabertura que acaba de practicar se precipita un desbordante chorro de agua, que al caer encima de la que llena la cámara, produce un rumor lúgubre que hiela la sangre en las venas de nuestros marineros.

Liers vuelve a cerrar rápidamente.

—¡Está inundada también! — declara sombríamente. — Todo el buque está muerto. ¡Sólo es viva la parte central, que es la en que nos encontramos! ¡El «U-7» está perdido!

El rostro de Pips, demasiado joven para aguantar esta desesperada circunstancia con una presencia de ánimo absolutamente viril, se torna lívido al escuchar las palabras del comandante.

Bruscamente se ilumina.

—¡Los aparatos de salvamento! ¡Nos quedan todavía los aparatos de salvamento! — grita, con los ojos des-

orbitados, fijos en unas bolsas alineadas a lo largo de la pared, encima de los cuadros de gobierno, ya inútiles, del submarino.

El silencio más completo e imponente acoge su, al parecer, luminosa sugerencia.

Todos los marineros le miran, incommovibles.

—¿Qué? ¿Es que no me habéis oído? — inquiera Pips con voz ronca, uniendo a la esperanzada y atónita interrogación de sus palabras la de sus ojos, que se pasean por el rostro de todos sus compañeros casi con idiotas.

Nadie contesta.

Ante el inverosímil mutismo, Pips siente una brusca sospecha.

Con calma febril cuenta los aparatos.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...!

Después cuenta los hombres: son diez.

Siguen unos instantes de angustioso silencio.

Sobran dos hombres. ¡Dos hombres que han de morir, para que se salve el resto!

De pronto el comandante manda, con voz imperiosa:

—¡Violense los aparatos y sálvense!

Por primera vez, en el «U-7» una orden de Liers deja de ser obedecida.

Ni un solo hombre se mueve de su sitio.

—¿No queréis salvaros? — demanda, clavando su mirada fiera en sus subordinados.

—¡Todos o ninguno! — declara Bohon, seca e inapelablemente.

Apenas el bravo muchacho acaba de expresar, en nombre de sus compañeros y el propio esta heroica resolución, cuando el submarino se estremece y bruscamente comienza a ladearse sobre el costado de estribor.

Los marineros se mueven por primera vez desde el hundimiento para trasladarse al lado en que el agua, por efecto de la reciente traslación, ofrece menos profundidad.

—¡Es algún golpe de mar! — explica Liers, lanzando una mirada angustiosa a un ángulo de babor en el que se ve el agua burbujear, señal indubitable de que existe allí una vía abierta.

Adosados, casi pegados al lado opuesto, los marineros

vuelven a encerrarse en su dramático mutismo e inmovilidad.

Mientras en el «U-7» se libra esa epopeya definitiva, en Meiskirche, Helga, esperanzada por la vuelta del hombre que su corazón ama ha buscado una ocupación que la haga digna de él, y la vemos en las salas de un hospital.

En el momento en que nos cruzamos con ella la sorprendemos hablando con una Hermana de la Caridad.

—¡Espero de un momento a otro noticias del submarino «U-7» — exclama, lejos de sospechar la terrible simultaneidad de la catástrofe.

—¡Dichosa Helga! A usted y a mí nos mueven los mismos pensamientos, con la única diferencia substancial de que mientras usted piensa sólo en un hombre, yo pienso en todos.

—¡Le amo tanto, Hermana! ¡No sabría pensar en otro que no fuese él!

No por esto la enamorada joven deja de prodigar sus cuidados y la encantadora gracia de sus sonrisas a los combatientes heridos.

En este momento sale un tren militar y la vemos atender a los soldados, sembrándoles en el alma la milífica alegría que produce la presencia de una mujer cuando se camina a la muerte.

Volvamos al submarino.

La furia instintiva de Fips ha quedado por un momento aplacada.

Extraviada la mirada, parece abismado en honda meditación.

Por su torturada imaginación desfila la amada y hermosa figura de Helga... Luego le parece oír como en un eco macabro las terribles palabras de Liera: «Cuando Helga nos habló del tonto que no sabe comprender que es amado, se refería a mí...»

Helga, pues, ama a Liera. ¿Qué puede ofrecerle ya la vida, fuera de la mujer a quien ama, que por nada del mundo querrá ser suya?

¿Podrá resistir verla unida a otro hombre, sonreír a otro hombre, darse en cuerpo y alma a unos brazos que no serán los suyos?

«Que se salve Liera, que sea el quien goce de la vida, que tan pródigo le ha brindado un seguro y grande amor», decide, estoicamente, el joven teniente.

Pero advierte al punto que, pese a su sacrificio, sobra todavía un hombre en el submarino.

Fips mira a su alrededor.

Ha querido el azar que el amargado y escéptico Bohén en el cambio de sitio haya quedado a su lado.

—Bohen! — le llama, quedo.

—Mande, señor teniente.

—¿Tú eres soltero, ¿verdad?

—Por fortuna, sí, señor.

—¿Tienes padres?

—No, señor; de mí queda en el mundo más que a una hermana, casada ya, que nada necesita de mí.

—Entonces, tú y yo somos aquí los únicos a los que nadie espera.

—Seguramente, señor teniente.

—¿Has advertido que sobran dos hombres?

—Lo he advertido bien, señor teniente.

Después de esta afirmación de Bohén, Fips desliza a su oído algunas palabras en voz tan baja que a él es imposible entenderlas.

Acto seguido los dos hombres desaparecen tras un saliente que actúa a manera de mampara entre el compartimiento en que se encuentran los marinos y un recoveco reservado a los motores.

Instantes después se oye una doble detonación, que estremece el poco aire que queda en el interior del submarino.

—¿Qué es esto? — grita Liera, precipitándose al recoveco.

Apenas ha traspuesto el tabique, ha de detenerse a la vista de un espectáculo espeluznante.

Fips y Bohén yacen medio sumergidos en el agua, con la cabeza ensangrentada.

Se han suicidado.

—¡Fips! — se lamenta Liera, conmovido. —¿Por qué has hecho eso?

Y luego dirigiéndose a los marineros, que, mudos, casi aterrados, adivinan lo ocurrido, añade:

—¡Sobran dos hombres y han querido ser ellos

los que se considerasen de más! ¡Pips y Bohan ya no existen!

La emoción entre los marineros es indescriptible.

—¡Ellos han querido que nos salváramos y hemos de acatar su mandato! ¡Es la última voluntad de los dos héroes del «U-7»! ¡A prepararse para el salvamento!

Los marineros obedecen y a los pocos momentos, con los aparatos puestos, abandonan el submarino.

Cuando la noticia de la catástrofe del «U-7» llega a Meiskirche, la ciudad se estremece.

No se tarda en saber que de los once nombres que componían su tripulación se han salvado solamente ocho.

La comandante, Helga y Bocher esperan la llegada del informe oficial con la honda ansiedad que es de suponer.

Cuando en la lista de los supervivientes suenan los nombres de Liers y Jaul, la comandante y Bocher prorrumpen en emocionantes sollozos de felicidad.

Cuando se oye el de Pips en la de los muertos, Helga cae desvanecida.

¡Helga amaba a Pips!

Y al torrente de lágrimas que brota de la guerra, después del horrendo drama, se unen las más amargas que creó Dios: Son las de Helga, la herida de cuyo desgarrado corazón el tiempo no logrará restañar jamás.

FIN

Editadas

- * Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love
- * — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers
- * — 6. *Cuando voláramos o amáramos*, por Margaret Sullivan
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana
- 8. *La tumba india*, por La Jana
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers
- 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschekowa, Karl Diehl
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene
- 17. *Baile en el Metropol*, por Heinrich George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones
- 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch
- 22. *La Excentrica*, por May Robson
- 23. *Caballería Ligera*, por Marika Röck y Fritz Kampers
- 24. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy
- 25. *Catalina*, por Franziska Kauf
- 26. *Un mal paso*, por Keen Maynard

* Agotadas

En preparación

Saratoga, por Clark Gable y Jean Harlow

Oriente contra Occidente, por George Arliss

El Agente Secreto, por Robert Young y Madeleine Carroll

PUBLICACIONES CINEMA

Domicilio provisional :
PASO SAN JUAN, 91
BARCELONA



N.º 27